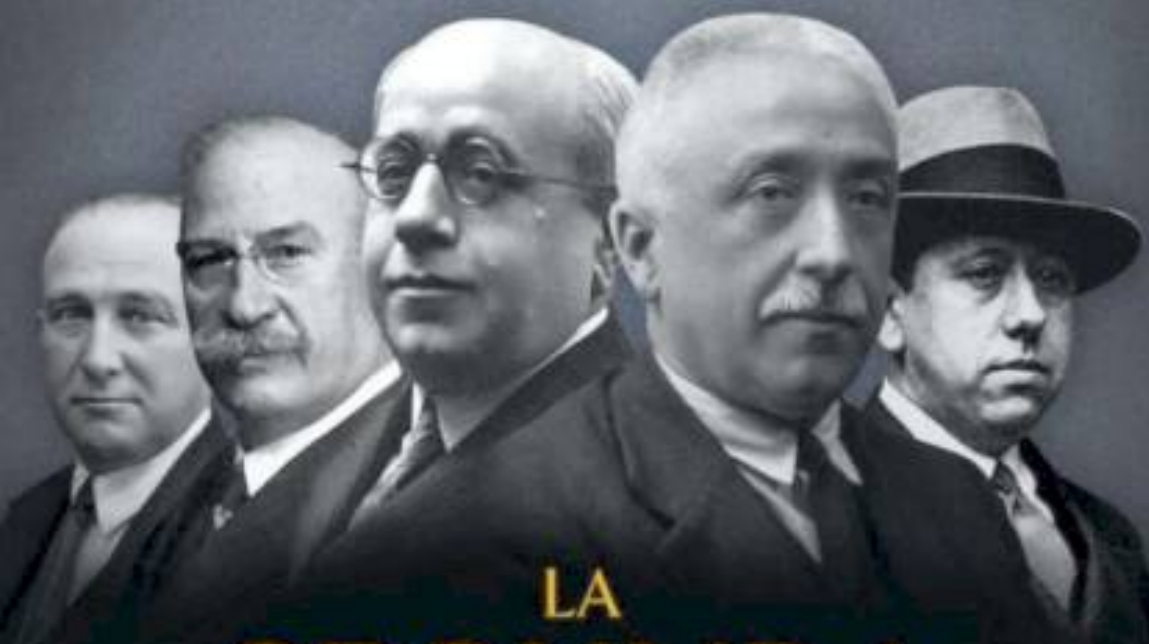


PÍO MOA



LA
SEGUNDA
REPÚBLICA
ESPAÑOLA

NACIMIENTO, EVOLUCIÓN Y
DESTRUCCIÓN DE UN RÉGIMEN

1931-1936

Noventa años después, la Segunda República cobra una especial y controvertida actualidad. ¿Fue una eclosión de libertad, cultura e ilustración popular, frustrada por la violencia de unas clases reaccionarias que no toleraban la pérdida de sus privilegios?, o ¿fue un régimen de arbitrariedad e incultura, pobreza, separatismos y odios políticos, que abocarían a la guerra civil? Basta plantear la cuestión para entender su proyección histórica: ¿Debemos considerar aquella república un modelo de convivencia política en que inspirarnos o, al contrario, como una rechazable conjunción de amenazas para la convivencia en libertad?

Los estudios publicados en un sentido u otro se cuentan por centenares, pero muy pocos exponen la dinámica interna de aquel régimen a partir de los juicios, intenciones y actos expresados por sus protagonistas.

La presente obra se centra en buena parte en los escritos de Azaña, pero también en los de Alcalá-Zamora, los líderes socialistas, Lerroux, Gil-Robles y otros, evitando los maquillajes e interpretaciones posteriores más o menos interesadas.

Un alegato en pro del libre debate intelectual y contra imposiciones totalitarias como las que hoy amenazan la libertad de la investigación histórica, oscureciendo el futuro de nuestra democracia.

INTRODUCCIÓN

DOS VERSIONES DE LA REPÚBLICA

Desde los años setenta se ha afianzado una visión de la república como época de libertad, cultura y bienestar popular, solo turbada por intereses oscuros o *fascistas* que terminaron echándola abajo. Sin embargo, cualquiera que se acerque sin prejuicios a aquel régimen nota pronto el agudo contraste entre esa visión beatífica y la que ofrecen los protagonistas intelectuales y políticos de aquel régimen. El testimonio, expuesto en el momento o en sus memorias por los «padres espirituales de la república», Ortega, Marañón y Pérez de Ayala; por políticos como Azaña, Alcalá-Zamora, Martínez Barrio, Lerroux y tantos otros, simplemente colisiona con la edulcorada versión hoy habitual. Quizá la definición más dura y sintética de aquel régimen la expusiera en dos palabras Marañón: «Estupidez y canallería». No menos explícitos son, como iremos viendo, Azaña y los demás.

Tan radical contraste entre las dos versiones plantea inevitablemente una disyuntiva al historiador o al simple interesado: ¿estaban equivocados los protagonistas, incapaces de ver el sentido de lo que ocurría a su alrededor, o están equivocadas las versiones posteriores? ¿Puede aplicarse el *in medio virtus*? Pero aquí no se trata

de virtudes, sino de verdades. Digamos de entrada que la versión que hemos llamado beatífica no choca solo con el juicio de los auténticos protagonistas, sino también con multitud de hechos y datos, por lo que debe aclararse cómo se ha construido.

Una buena idea del conflicto de versiones puede darlo la literatura sobre Azaña. Como es sabido, él fue considerado por muchos «la encarnación de la república», título que le habría gustado disfrutar a su rival Alcalá-Zamora. En la transición posfranquista, Azaña fue literalmente *canonizado* como una especie de «santo laico», incomprendido apóstol de la democracia y la pasión por España, martirizado por la brutalidad antirrepublicana. Su más descollante apologista fue quizá Juan Marichal, admirador de la historia inventada por Américo Castro y Premio Nacional de Historia de España en 1996. Su libro *La vocación de Manuel Azaña*, publicado en pleno franquismo (1971), impulsó en la izquierda una oleada aclamatoria, desde Santos Juliá, Paul Preston, Reig Tapia, etc., hasta en la derecha, por un tiempo, Federico Jiménez Losantos, Ricardo de la Cierva, José María Marco y el mismo José María Aznar.

Marichal comienza así: «Pocas figuras hay en la Europa contemporánea tan originales y tan reveladoras del drama histórico del medio siglo 1898-1939». Azaña solo admitiría comparación con los estadistas europeos más relevantes del siglo, Churchill, De Gaulle o Adenauer. Y no era para menos: «Intelectual de raza, fue también hombre de notables aptitudes ejecutivas, combinándose en él nuevamente las armas —la capacidad para el mando y el gobierno— y las letras (...). Revelación del nuevo régimen en 1931, para muchos españoles Manuel Azaña encarnó todas las esperanzas de aquella gloriosa primavera (...). Soñador de una nueva España, supo aliar *lo*

quimérico con la facultad del *pormenor*, el impulso quijotesco con la destreza del realizador»... Estos y tantos otros ditirambos, extendidos al régimen cuya representación se le atribuía, han marcado muchos años de historiografía e inspiración política en España, junto con elegías por la mala suerte del hombre y «su» régimen, malogrados por las fuerzas negras de la reacción, la España negra e inquisitorial, etc.

Por supuesto, también me alcanzó por un tiempo aquella beatitud, hasta que me propuse la tarea más lógica del historiador: dejar de lado las retóricas que tanto suelen envolver y perjudicar la historiografía hispana, y consultar las fuentes en archivos, prensa y memorias de los políticos, comparando y comprobando unos y otros. Pude entender así hasta qué punto aquellos fervores se prestaban a la ironía o al sarcasmo. A raíz de la publicación de *Los personajes de la república vistos por ellos mismos*, Jiménez Losantos declaró que tiraría a la basura su libro sobre Azaña.

Expone Marichal la virtuosa actitud conveniente para entender al egregio estadista: «El historiador de la España contemporánea (...) ha de imponerse una rigurosa honestidad intelectual y un máximo de comprensión objetiva». A la vista de los datos, empezando por los diarios de su biografiado, no es difícil concluir que la honestidad emocional del autor —pues salta a la vista que se cree sus propias palabras— sobrepasa con amplitud a su honestidad intelectual y comprensión objetiva. Para empezar, Azaña fue política y personalmente una figura har-to compleja, tuvo un papel secundario en la llegada de la república, y es difícil negar que lo tuvo de primer orden —aunque no único ni acaso principal— en la destrucción del régimen, al menos en lo que este tuviera de

democrático. Pero esto lo examinaremos con detalle en este libro.

Lo dicho sobre Azaña y Marichal se extiende al grueso de la próspera historiografía, cinematografía y productos de otras artes relativos a la república. Y el lector crítico y desprejuiciado ha de maravillarse ante los esfuerzos, heroicos a su modo, con que los autores de esa masa literaria desafían y derrotan a los hechos más claros, a testimonios como los del propio Manuel Azaña, o a la lógica más elemental. ¿Cómo lo consiguen? Pues mediante una «metodología», que suelen proclamar «científica», consistente en apoyarse, citarse y repetirse sin descanso unos a otros, evitar todo debate serio, silenciar las discrepancias, salvo las de matiz, y montar sus propios congresos, premios y publicidad mediática subvencionados por el poder.

Es sabido que en la historia se encuentra de todo: testimonios, versiones e interpretaciones para todos los gustos, lo que exige al historiador serio un gran esfuerzo de confrontación y análisis. En cambio estos historiadores lo tienen más fácil: escogen aquellas citas que les convienen y que pueden multiplicarse, si es preciso las mutilan o aíslan del contexto, saltan por encima de los hechos y testimonios inconvenientes, y siempre llegan a las felices conclusiones predeterminadas por su posición ideológica.

Claro está que estas maniobras servirían de poco en una sociedad abierta, con universidad y medios de masas intelectualmente solventes, pero la realidad es que tal cosa no existe hoy ni de lejos en España. El filósofo Julián Marías denunció en su tiempo la «profesionalización de la mentira», que lastraba la vida intelectual, política y periodística del país, devolviendo el clima de odios envenenados que destruyó la república y que

vuelve a dañar seriamente la convivencia en paz y en libertad. En esto puede resumirse la extrema degradación de una universidad cuyos defectos, sectarismo, endogamia, falta de libertad en definitiva, denuncian periódicamente intelectuales relevantes, casi siempre en balde.

Para comprobar la degradación universitaria basta la prueba del algodón de la llamada «ley de memoria histórica», promulgada en 2007 por el gobierno del PSOE —apoyado por los partidos separatistas y de hecho por el PP—. Esa ley, revistiéndose de una hipócrita verborrea sentimental sobre las víctimas de la guerra —los supuestos defensores de la libertad—, denunciaba al franquismo como el destructor de aquella feliz república, e imponía desde el poder una versión propagandística del pasado. Desde luego, esa versión es legítima como una más; pero al convertirla en ley se atacan las libertades democráticas al modo de gobiernos como el castrista o el de Corea del Norte. Quizá porque no puede defenderse de otro modo. Por unos años, la amenaza quedó pendiente como una espada de Damocles sobre los historiadores y personas disconformes, hasta que el mismo PSOE quiso llevarla a su conclusión lógica imponiendo multas y cárcel a quienes disintieran de su versión, por lo demás fácilmente rebatible desde una investigación rigurosa.

Por ahora, las multas y la cárcel han quedado aplazadas, debido a la denuncia de unos pocos historiadores e intelectuales, promovida por mí, y a otros problemas más acuciantes para el gobierno. Pero sigue ahí, esperando su oportunidad y atentando ya contra las libertades de opinión, expresión, investigación y cátedra. Es decir, atacando las libertades en general y de modo específico aquellas que definen de siempre la función universitaria. Pues bien, en la actual universidad, la ley no

ha suscitado la menor respuesta corporativa, predominando el apoyo a la misma. Gran número de cátedras y departamentos se han degradado en agencias de propaganda partidista que, con pretensiones *científicas* y *democráticas* para más injuria, recuperan el «Himalaya de falsedades» que reconoció el socialista Besteiro como fundamento del Frente Popular.

Este libro, aparte de intentar clarificar un tema de tanta relevancia histórica y actual, constituye un desafío a esa ley, verdadero cáncer de la democracia que debe ser extirpado si no queremos cegarnos a nuestra propia continuidad histórica y repetir lo peor del pasado.

Como apuntó por entonces Stanley Payne, quizá el hispanista actual más serio en el ámbito anglosajón, adornado con *joyas* como Preston:

El asunto principal no es que Moa sea correcto en todos los temas que aborda. Eso no puede predicarse de ningún historiador y, por lo que a mí respecta, discrepo de varias de sus tesis. Lo fundamental es más bien que su obra es crítica, innovadora e introduce un chorro de aire fresco en una zona vital de la historiografía contemporánea española, anquilosada desde hace mucho tiempo en angostas monografías formulistas, vetustos estereotipos y una corrección política determinante. Quienes discrepen de Moa necesitan enfrentarse a su obra seriamente y demostrar su desacuerdo en términos de una investigación histórica y de un análisis serio que retome los temas cruciales.

Inútil decir que el necesario debate intelectual no se produjo. En cambio, criticó el propio Payne, una universidad y medios de prensa degradados se dedicaron a «eliminar su obra (de Moa) por medio de censura de silencio o de diatribas denunciatorias más propias de la Italia fascista o de la Unión Soviética que de la España

democrática». La respuesta real ha sido esa «ley de memoria histórica». Que debe ser abolida en pro de la democracia y de una universidad capaz de cumplir su misión intelectual.

Cabe señalar que aunque los escritores de la memoria histórica me declararon la censura y el boicót, yo no he seguido su ejemplo, y les he traído a debate un poco «de las orejas», aunque nunca hayan contestado. Quien tenga interés puede comprobarlo en Internet escribiendo mi nombre y los de Viñas, Preston, Juliá, Beevor, Casanova y bastantes más.

El estudio que tiene el lector en sus manos viene a ser una síntesis de la trilogía que publiqué en Ediciones Encuentro los años 1999, 2000 y 2001, que suman 1.500 páginas de letra bastante pequeña, con más de 3.000 notas y referencias explícitas o integradas en el mismo texto. Las tres obras se titulaban *Los orígenes de la guerra civil española*, *Los personajes de la república vistos por ellos mismos*, y *El derrumbe de la república y la guerra civil*. Quien desee ampliar el conocimiento de aquella época creo que puede consultarlos con provecho aún hoy, porque contienen muchas aportaciones novedosas en detalles y en enfoques, basadas en la consulta de las fuentes directas; y poco sería necesario corregir hoy, a pesar del cúmulo de nuevas «aportaciones» en estos años, perlas de propaganda en su vasta y basta mayoría. Además de esta tesis, este libro contiene nuevas y cruciales aportaciones, incluyendo el adelanto en varios meses de la fecha final de la república: cuestión nada nimia, pues afecta a la comprensión de los años anteriores.

Obviamente, en la citada trilogía incluí gran número de citas procedentes de los archivos de la fundación socialista Pablo Iglesias, del Archivo Histórico Nacional y

del de Salamanca (antes de que fuera expoliado por el PSOE y los separatistas), de las Actas de las Cortes, del Instituto Nacional de Estadística, de *Estadísticas históricas de España* (coordinado por A. Carrera y X. Tafunell). Y notas no solo de los principales protagonistas y otros más secundarios, sino de estudiosos e historiadores posteriores —la mayoría de izquierda—: por supuesto S. Payne, J. Avilés, M. Bizcarrondo, S. Juliá, J. Álvarez Junco, P. Preston, H. Raguer, J. Arrarás, J. M. García Escudero, Richard Robinson, P. I. Taibo, R. Carr, J. P. Fusi, G. Brennan, O. Ruiz Manjón, Tuñón de Lara, A. Trapiello, E. Barco Teruel, R. de la Cierva, M. D. Gómez Molleda, J. Tusell, hermanos R. y J. Salas Larrazábal, E. Malefakis, J. Cervera, A. Viñas, B. Bolloten, J. Aróstegui, E. de Guzmán, F. Olaya, D. Cattell, C. Seco Serrano y muchos más, que harían muy larga esta enumeración. En el último capítulo hago algunos apuntes críticos sobre esta historiografía.

Señalo lo anterior porque, en cambio, en este ensayo he dado preferencia casi absoluta a los protagonistas de la república, de los cuales quizá el más importante y rico en información, personal y política, sea Azaña (algunas referencias a este aparecen como «Robados», por sus diarios de 1932-1933, presentados así por S. Juliá. Los que fueron robados de verdad, por el Frente Popular, fueron los de Alcalá-Zamora, recuperados en parte hace unos años). He prescindido, con pocas excepciones, de tantas citas de la trilogía porque hoy la mayoría de las referencias se encuentran fácilmente en Internet y porque las de los protagonistas permiten una comprensión de la época mucho más vívida y realista que tantos «sesudos» estudios en los que la vida desaparece a favor de una pesada jerga burocrática. Y en segundo lugar porque, además de hacer la lectura más ligera para el lector común, permite captar mejor la lógica y la dinámica polí-

ticas a partir del pensamiento y actos de aquellos cuyas decisiones, acertadas o erróneas, serenas o colmadas de emotividad, marcaban la evolución del régimen.

Parte I

CÓMO LLEGÓ Y SE INSTITUCIONALIZÓ
LA SEGUNDA REPÚBLICA
(AGOSTO DE 1930-DICIEMBRE DE 1931)

1

ESPAÑA EN EL CONTEXTO
INTERNACIONAL DE LOS AÑOS TREINTA

El año 1930 inició una década de gran inestabilidad en el mundo, como consecuencia de la I Guerra mundial terminada solo doce años antes, en 1918, y de la gran depresión económica abierta por el desplome de la Bolsa de Nueva York en 1929. Aquella guerra trajo consigo una crisis de confianza en el liberalismo y los parlamentos, y la formación del primer estado comunista de la historia, en Rusia. El impulso expansivo de la revolución rusa, aunado a la crisis demoliberal, dio lugar a gobiernos anticomunistas «fuertes», al fascismo en Italia (1922) y, ya entrados los años treinta, al nacionalsocialismo o nazismo en Alemania. Y, desde 1929, el desbarajuste y la depresión económica salidos del derrumbe de la Bolsa de Nueva York, que afectó duramente a Europa, en especial a Alemania. Por los años treinta cundía en amplios círculos intelectuales y políticos la impresión de que el llamado sistema capitalista se acercaba al fin de sus días, siendo preciso buscar nuevas salidas, o bien reformarlo en profundidad.

La I Guerra Mundial no dejó de asombrar por su violencia y por contradecir las expectativas y análisis de teóricos de la economía y el pensamiento liberal. Se creía en la imposibilidad de un conflicto semejante porque, entre otras cosas, era tan estrecha la interrelación

comercial, empresarial y de la propiedad entre las grandes potencias europeas, que los intereses comunes harían que ninguna pudiera beneficiarse de una contienda entre ellas. Pero la guerra había ocurrido, con un número de víctimas sin precedentes y un contenido básicamente económico: la lucha por el control de los mercados mundiales entre potencias básicamente liberales y parlamentarias. Una vez derrotados los imperios alemán, austrohúngaro y otomano se pensó impedir efectivamente una nueva guerra mediante la reordenación política de Europa y el establecimiento de un foro internacional de negociación, la Sociedad de Naciones.

Sin embargo, no auguraban mucha paz sus resultados, resumibles en la mencionada crisis moral y política del liberalismo y el surgimiento del primer sistema comunista de la historia. Tampoco el «derecho de autodeterminación», aplicado para disolver los imperios ruso, alemán y austrohúngaro, cumplió las esperanzas pacíficas esperadas. El centro de Europa quedó fragmentado en un rosario de nuevos estados débiles y a menudo inamistosos entre sí: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, la propia Austria o una artificial unión yugoslava. Tampoco ofrecían mucha estabilidad los países resultantes de la descomposición del Imperio otomano en el siglo anterior, es decir, Grecia, Rumanía y Bulgaria. La cuestión griega resultó muy indicativa: dando por definitiva la descomposición del Imperio otomano, la alianza anglo-francesa animó a Grecia a unirse a ella ofreciéndole recuperar los territorios de Asia Menor donde existía una gran población griega desde hacía milenios. Pero Turquía se rehízo bajo un gobierno nacionalista y liberal que perpetró el genocidio armenio, y en 1922 ocasionó lo que en la memoria griega queda como la «Catástrofe de Asia Menor», con la

expulsión de la población griega. La propia Inglaterra, aunque vencedora en el conflicto junto con Francia y Usa, y con un «Imperio Británico» que alcanzaba a un cuarto de la tierra emergida, entraba en una decadencia de la que daría prueba su incapacidad para aplastar la resistencia irlandesa e impedir la práctica independencia de la mayor parte de Irlanda desde 1922.

El régimen soviético nacía con ambición universalista, como el sistema social que liberaría a la humanidad de sus viejas taras y miserias, producto del pecado original según la Biblia. Una revuelta comunista en Finlandia, en 1918, dio lugar a una guerra civil corta pero proporcionalmente más mortífera que la de España. Al año siguiente el ejército soviético invadió Polonia con ánimo de llegar a Alemania, pero fue frenado por el mariscal Pilsudski; surgieron un mes de soviet de Baviera y cuatro meses de república soviética en Hungría. Ese mismo año, en abril, el jefe de la revolución rusa, Lenin, fundó una III Internacional o *Komintern* —Internacional Comunista—, sucesora de una II Internacional socialista, despistada de las esencias revolucionarias de Marx y Engels. La *Komintern* creó partidos subversivos en varios países, el mayor el de Alemania, donde intentó una insurrección en Hamburgo, en 1923; en Reval o Tallinn, Estonia, fracasó otra en 1924, y al año siguiente un tremendo atentado comunista en una iglesia de Sofía exterminó a buena parte de la clase política búlgara (cabe recordar que Ferrer Guardia y otros habían planeado algo parecido con motivo del enlace de Alfonso XIII y Victoria Eugenia en la iglesia de los Jerónimos, de Madrid, en 1906).^[1]

La acción de la *Komintern* se extendía al resto del mundo, América, África y Asia, y sería en China donde adquiriera su mayor éxito, tras varias insurrecciones fallidas, con una guerra civil prolongada. España iba a con-